

AÑO XVII.—NÚM. 5176.

5 DE SETIEMBRE DE 1878.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.

hues 5 de Setiembre de 1878.

EL ALUMBRE, LA SAL COMUN y el ácido sulfúrico.

No una, sino diferentes veces se nos ha preguntado si para conservar un año un vino inferior se consigue mejor con alumbre que con sal común. Cuánta cantidad se necesita de ambas cosas para cada cien arrobas, y el ácido sulfúrico que es indispensable para fabricar por ejemplo, cien arrobas de vinagre.

Estas preguntas envuelven grandísimos errores que conviene desvanecer para que algunos de nuestros vinicultores cesen de ser víctimas de esos compositores de vino que explotan la codicia ó la buena fe de los cosecheros.

Vemos con pena que el alumbre se emplea en algunas comarcas para dar al vino tinto de mucha capa que adolece de vinosidad ó que es solo y desabrido, cierta aspereza que según se pretende reemplaza la astringencia natural del tanino; pero al catir esos vinos se nota un sabor metálico que no deja duda al inteligente de la existencia de una materia extraña, descubriéndose luego el fraude fácilmente por medio del álcali volátil.

La sal común se emplea alguna vez con feliz éxito para ayudar á los agentes clarificantes, sobre todo á la albúmina, y contribuye mucho á producir el viso brillante que tanto conviene á los vinos. Para obtener este resultado, bastan 30 gramos de sal por pipa de tres arrobas, mientras que para que el vino se conserve por medio de la sal común es preciso echarle una cantidad excesiva que le hace insostenible. El remedio en ambos casos es peor que la enfermedad.

No ménos desconsoladora y terrible es la pregunta relativa á la cantidad de ácido sulfúrico necesaria para hacer buen vinagre.

¿Quién puede aconsejar semejante desatino?

El mejor medio para obtener buen vinagre es dejar vacía la tercera parte de un tonel echado, hacer un agujero en la parte superior del fondo y dejar cubierto el tapón con una tablita agujereada para que el aire atmosférico que penetra por la abertura del fondo se escape por el tapón. Los vinos que se emplean para hacer buen vinagre deben ser secos y no dulces, ni tener más del 8 al 10 por 100 de alcohol. Antes de procurar avinagrarlos se han de clarificar con huevos ó con tierra de Lebrizja á fin de que sean limpios los vinagres que resulten, y las madres

vinagreras se han de conservar en sitios que den al Mediodía sin que reciban corrientes de aire por el Norte, que siempre enfrían la estancia.

Enemigos acérrimos de todo lo que pueda ser ilegal, empírico ó peligroso para la salud pública, no cesaremos nunca de repetir que este sistema de vinificación es pésimo, é increíble la facilidad con que se dejan engañar ciertos cosecheros.

HIPOLITO AVANSAYS.

«Gaceta Vinícola.»

MISCELANEA.

UNA SEÑORA TIMIDA.

Vive en Cincinnati (Ohio) un caballero viudo, de 75 años de edad, llamado Mr. William B. Deunis, rico negociante. Paseando por una de las calles principales de aquella ciudad hace algunos días, se detuvo delante de un escaparate de fotografía, cuando observó que se acercaba una mujer de quien no hizo caso ninguno, pero á los pocos instantes oyó una voz femenina que decía: «¿Qué anciano tan hermoso! Debe ser sacerdote, á juzgar por su expresión de bondad y austero continente.»

Entonces Mr. Deunis volvió la cara hacia donde había oído la voz, y halló á su lado á una señora joven, bonita, de irreparable porte y muy bien vestida, que contemplaba un retrato. Lo miró también Mr. Deunis, vió que era el suyo propio, dirigió la vista á la joven, ésta cruzó una mirada con la del anciano. Monsieur Deunis no supo qué decir, y la señora toda avergonzada, se deslizo en pedir mil perdones por su indiscreción.

El insistía en que no tenía por qué dárlos, ella continuaba perpleja, y entre unas cosas y otras sobrevino un diálogo durante el cual manifestó la desconocida que acababa de llegar de San Luis, donde tenía tres hijos de su difunto marido, que iba á Cincinnati para cambiar algunas propiedades importantes por valores del Estado ó otros que ofrecieran seguridad, y que deseaba conocer á un agente acreditado en la plaza para encargarle del asunto, á lo cual se ofreció el mismo Mr. Deunis por entrar este negocio en el ramo de los suyos. Con este motivo, la señora de Lucas, que así se llamaba la interlocutora, estuvo varias veces en la oficina del negociante para tratar del asunto, hasta que por fin ella le rogó que fuera á su casa, donde podría examinar los documentos de propiedad que poseía.

Así lo hizo Mr. Deunis; halló á la señora de Lucas cosiendo en su ga-

binete, y empezaron los tratos; pero á los pocos momentos se levantó la propietaria, y dirigiéndose á la puerta del cuarto la cerró con llave y se guardó ésta; abrió entonces el cajón de una cómoda, sacó una pistola, y haciendo puntería á boca de jarro sobre el anciano, le dijo en tono descompuesto. — «Desnúdese usted.»

El anciano, asustado, obedeciendo en silencio, se aligeró mucho de ropa y permaneció en pie y sin movimiento. «Acuestese usted sobre aquella cama», fué la segunda orden que recibió y cumplió temblando Mr. Deunis; y entonces la de Lucas le presentó un papel para que firmase haber atentado contra su persona, á lo cual se negó repetidamente; pero ella se encolerizó, echó por la ventana á la calle la ropa del víctima, pidiendo por favor á un transeunte que la subiera, por cuyo servicio dió un peso de propina, guardó bajo llave dicha ropa, y juró furiosa levantar la tapa de los sesos á Mr. Deunis si no firmaba el escrito; ante cuya amenaza hubo de ceder. Inmediatamente sacó ella un talon de Banco y obligó del mismo modo al anciano á que lo llenase por mil pesos y le firmase, después de lo cual se apoderó la Lucas del reloj de oro del paciente y le devolvió la ropa para que se vistiera. Este dijo entonces que el talon de Banco no sería cobrable si él mismo no iba con ella á presentarlo; salieron los dos juntos, pudo él distraerla un momento, se fué y la hizo prender.

Ahora dice la modosa forastera que se avergüenza tan sólo de pensar de qué la acusa Mr. Deunis; que no ha hecho semejante cosa; que él es un viejo verde, que había querido secuestrarla con dinero para trajes de seda, y ofreciéndola 200 pesos fuertes mensuales de gratificación; que Mr. Deunis está lleno de chucheses; que no se casaría con él por todo lo del mundo, y que cuanto dice es una pura calumnia; además, exhibió ante el juzgado varios cardenales procedentes, según afirma, de golpes inferidos por el demandante, y declaró que se había visto precisada á arrojar por la ventana la ropa de Mr. Deunis una docena de veces antes de ahora. El anciano sólo dice que, en el momento de la sorpresa, habría firmado todo lo firmable y lo no firmable.

Algunas personas aseguran que la Lucas padece de arrebatos de locura, y otras han averiguado que hace poco tiempo quiso andar á tiros con otro señor, y que la tímida señora que Mr. Deunis halló frente á su retrato es, en toda la extensión de la palabra, una moza de armas tomar y lo creemos. «¡Oh tempora, oh mores!»

(Las Novedades de Nueva York.)

Rasgo de valor. — «La Crónica» de Bucharest refiere el siguiente rasgo de valor realizado por el cantante belga Mr. Martens, muy conocido de los «dilettanti» de París.

Mr. Martens vivía con su familia cerca de una casa donde se declaró á las altas horas de la madrugada un voraz incendio. Mr. Martens se vistió apresuradamente con ánimo de socorrer á sus vecinos, y vió á una mujer que gritaba desesperadamente.

— ¡Mis hijos, mis hijos!

— ¿Cuántos hay? — preguntó el cantante.

— Tres.

— ¿En qué piso?

— Arriba en el tercero.

— ¡Diantre! — allí está el foco del incendio, — exclamó Martens, precipitándose en la escalera.

Algunos minutos después entregó los niños á su madre.

— Aquí están, dijo; pero no hay más que dos.

— ¡Ah! Dios mío, me he olvidado de decirlos que el tercero se hallaba en la habitación interior.

— Bien podíais haberlo dicho antes, exclamó el valeroso salvador. Las vigas se están ya cayendo, y yo tengo tres hijos... Pero en fin...

Y sin terminar su frase, subió de nuevo la escalera precipitadamente. La ansiedad era general.

Al poco rato Martens apareció de nuevo ennegrecido por el humo, y entregó sano y salvo á la desesperada madre el tercer niño.

Al día siguiente el cantante se dejó oír, como de costumbre, con sus hijas en el jardín Muller, y el público le recibió con una ovación entusiasta.

Un trágico suceso ha ocurrido días pasados en Baltimore.

El joven médico alienista doctor Kinneth, en sus visitas á la casa de locos de la ciudad, se fijó en una joven de 18 años, cuya locura consistía en afirmar que había cortado la cabeza á su marido mientras éste dormía.

El doctor se prendó de la joven, enamorándose de ella; después de haberla curado completamente, en apariencia, la hizo su esposa.

Esto ocurría en 1870. Desde dicha época vivieron siempre en la mejor armonía y en la más envidiable felicidad, hasta hace dos semanas, en que la esposa del Dr. Kinneth espantó á los habitantes de Baltimore, recorriendo las calles y gritando, con el traje y los cabellos en desorden, que había cortado la cabeza á su marido.

Así era, en efecto; en un acto de locura furiosa, había decapitado al doctor.